

El hombre probable

Juan Pablo Heras

PERSONAJES

JOSÉ, el hombre probable. Hombre de aspecto normal de una edad indeterminada entre los 20 y los 30 años.

EVA, ella. Mujer joven, de edad similar a José. Tiene un lunar en la nariz.

BRUNO, el hombre insólito. Aunque cumple, más o menos, el papel tradicional del gracioso, es de clase alta. Muy alta.

CONDUCTOR, hombre con bigote, de risa impertinente y modales bruscos.

MARCELINO, entrañable anciano, encargado de un bar.

LOCUTOR, presentador standard de un noticiario Standard.

PUEBLO, voces en off. Sin orden ni concierto.

El conductor, Marcelino y el locutor deben ser interpretados por el actor que hace de Bruno, caracterizado con rasgos convencionales simples de cada uno de los tres personajes.

La escenografía debe ser simple, capaz de definir los espacios indicados con elementos conceptuales.

Los fragmentos en **negrita** son apartes: una confesión directa de los pensamientos de los personajes al público.

Uno

JOSÉ, solo. Al público.

JOSÉ.- Soy un hombre altamente probable. Según las últimas estadísticas. Nací en una ciudad de la periferia de Madrid, justo en el período en el que se situaba como la número uno en el índice de natalidad en toda Europa, durante los últimos años del baby-boom. Mis padres, por supuesto, son extremeños. De clase media-baja, empleados en el sector secundario y sus labores, respectivamente. Estudié en la universidad y permaneceré en casa de mis padres hasta por lo menos los 30. Carezco de pareja fija, pero para entonces ya la habré encontrado y trabajaremos los dos como administrativos y/o agentes comerciales para pagar la hipoteca. Hipoteca que será la única herencia que recibirán nuestros 1,13 hijos, junto al dvd y los tres televisores. Mientras tanto, salgo por las noches con mis amigos -único momento de la semana en el que consumo alcohol- y veo la televisión una media de tres horas al día. Ni me interesa ni entiendo la política, pero me considero de centro-izquierda y voto siempre al partido más votado. Voy al cine con cierta frecuencia a ver las películas mejor promocionadas. Y leo libros. En el metro y en el tren de cercanías leo los libros que tienen como portada los carteles promocionales de las películas que he visto en el cine. Ustedes mismos comprobarán que mi aspecto es más o menos el convencional en mi generación... Ah, perdonen que no me haya presentado: me llamo José García López. En resumen: soy un hombre normal. Normal, esperable y anodino. Hay sólo dos cosas de las que me diferencio de la mayoría de mis semejantes: la primera es que yo no me declaro feliz. No, no soy feliz, y nunca lo seré mientras siga siendo un ser normal, esperable y anodino. Yo quiero destacar, ser alguien importante, que me reconozcan socialmente, que me admiren incluso. Lo terrible es que las estadísticas demuestran que este deseo, mi deseo, se da en un alto porcentaje del sector de la población situado entre los 20 y los 30 años. No conozco otra manera de salir de la mediocridad. Tampoco quiero ser un tipo raro. Lo último que deseo es eso, ser raro. Yo a los raros los respeto, incluso tengo un amigo raro, pero no es precisamente lo que yo quiero ser. El segundo aspecto que me diferencia de la mayoría es mi opinión sobre Dios. Verán: yo creo que si Dios existiera... **(Suena un timbre.)**

Disculpen... Debe ser mi amigo. El raro.

(El timbre insiste. Se dirige a uno de las salidas del escenario y vuelve acompañado de BRUNO.)

BRUNO.- ¡Ya era hora, José! De tanto tocar el timbre se me va a quedar cara de testigo de Jehová.

JOSÉ.- Perdona, Bruno, pero estaba ocupado hablando con...

BRUNO.- ¡Ocupado! Sabio es el hombre que cultiva su tiempo y mantiene alejadas las malas hierbas de la ociosidad.

JOSÉ.- ¿Confucio?

BRUNO.- No, es mía. ¿Acaso piensas que voy por ahí plagiando frases?

JOSÉ.- Perdón.

BRUNO.- Te lo concedo.

JOSÉ.- ¿El qué?

BRUNO.- El perdón que me acabas de pedir... **(Le da unas palmaditas en las mejillas como quien despierta a un desmayado.)** Te veo poco despierto hoy, José.

JOSÉ.- ¿Poco despierto?

BRUNO.- ¿Lo ves?

JOSÉ.- Pero... Está bien, lo que tú digas. A ver, ¿qué querías?

BRUNO.- ¿Qué va a ser? Hoy es viernes. Toca cine. A las nueve y media ponen...

JOSÉ.- (Interrumpiéndole.) A las nueve y media no puedo. Tengo hora en el ambulatorio.

BRUNO.- ¿Vas a ir al médico un viernes a las nueve y media?

JOSÉ.- No puedo posponerlo. Lo he ido dejando, dejando y no conseguí una hora más temprana. Ya sabes como está eso de las listas de espera y la masificación de la seguridad social...

BRUNO.- Qué me vas a contar... Y siempre mandándote cosas, que si pastillas, que si colirios... ¡Drogarnos!, eso es lo que quieren.

JOSÉ.- ¿Y los precios? ¡Cómo han subido los precios!

BRUNO.- Parece que va a llover...

JOSÉ.- Sí. Tiene el cielo una pinta...

BRUNO.- ¡José, despierta, coño! Pareces la recalcitrante maruja del quinto izquierda. A ver, ¿qué te pasa?

JOSÉ.- Nada. Nada importante. Sólo que justo antes de que me llamas estaba pensando...

BRUNO.- ¡Pensando! ¿Qué es eso que te preocupa tanto, hijo mío?

JOSÉ.- Pues... Dios. Estaba pensando en Dios. Sabes, yo creo que si Dios realmente existiera...

BRUNO.- **(Interrumpiéndole.)** Dios. ¿Sabes lo que opino sobre eso?

JOSÉ.- Sí. Me lo has contado miles de veces...

BRUNO.- ¿Y por qué sigues dudando?

JOSÉ.- Porque no me trago tu teoría.

BRUNO.- Hombre de poca fe... Y no es teoría. Ni ley científica. Es dogma de fe. De todas maneras, te lo demostraré: pronto habrá un milagro. Y el que avisa no es traidor.

JOSÉ.- Lo esperaré impaciente.

BRUNO.- Mientras tanto, aprovecharé el tiempo en el que me has dejado solo para quedar con una chica.

JOSÉ.- ¿Con una chica?

BRUNO.- Sí. Es una compañera del curso de alemán.

JOSÉ.- ¿Alemán? ¿No era alemán lo que terminaste de estudiar el año pasado?

BRUNO.- No, eso era húngaro. El alemán lo terminé hace tres años, poco antes de empezar con el gaélico.

JOSÉ.- ¿Entonces?

BRUNO.- Es por el umlaut.

JOSÉ.- ¿El qué?

BRUNO.- El umlaut. Ya sabes, esos dos puntos que se ponen encima de algunas vocales...

JOSÉ.- ¿Te has apuntado a un curso de alemán sólo para practicar eso?

BRUNO.- No exactamente. Durante los tres años en los que estuve estudiando alemán comprobé el irresistible efecto que la práctica del umlaut tiene entre las chicas.

JOSÉ.- ¿Es algo contagioso?

BRUNO.- No exactamente. Practicar nuevas pronunciaciones provoca que las chicas descubran que tienen boca. Y mejor aún: que tienen lengua.

JOSÉ.- Y qué mejor que salir con una chica que acaba de descubrir que tiene lengua...

BRUNO.- Eso es. Veo que vas mejorando...

JOSÉ.- Te entiendo mejor que nadie, Bruno. Y eso es lo que más me preocupa.

(Oscuro.)

Dos

Consulta de un médico. ELLA es el médico. JOSÉ el paciente. El paciente mira al médico como si no fuera más que ella.

EVA.- Alergia. Típico caso de alergia al polen. ¿La ha padecido en años anteriores?

JOSÉ.- Todos. Todas las primaveras. Como el 76% de la población. Pero creo que esta vez tengo algo más.

EVA.- Por lo que me ha contado de sus síntomas, parece que no. A quién se le ocurre venir al médico tan tarde. He quedado hace cinco minutos con un tío y llegar tarde me pone nerviosa. Y cuando me pongo nerviosa pierdo el control de la situación, y cuando pierdo el control no puedo pronunciar las vocales. Y si no pronuncio las vocales nadie me entiende. Aunque creo que el tío con el que he quedado no tiene intención de hablar mucho... Da igual. Llegado el caso, no me costaría fingir, una vez más, que no he llegado al orgasmo. Muy bien. Si así se queda más tranquilo, le haré un breve reconocimiento. Siéntese en la camilla. **(JOSÉ obedece.)** Desnúdese de cintura para arriba. **(JOSÉ obedece. ELLA le examina con el estetoscopio.)** ¿Por qué los hombres ni se inmutan cuando les ordeno desnudarse? Si seguro que hay una escena parecida en sus fantasías. Y en sus películas. ¿Es que yo no encajo con el canon? ¿Es

que quieren que lleve liguero, los muy cerdos? Debe ser por el lunar de la nariz. Tengo que eliminarlo de algún modo. Tosa.

JOSÉ.- (Tose.) La verdad es que esta situación me pone. Que una mujer como ella te mande desnudar... Ese lunar en la nariz le da mucha personalidad. Le hace salir de lo habitual... Pero no debo dejar que se note. Es poco profesional. Si es que ser paciente es una profesión... Da igual, si lo notara, pensaría que soy un cerdo.

EVA.- Ya puede vestirse.

JOSÉ.- ¿Ya?

EVA.- (Impaciente.) Sí...

JOSÉ.- Es que... Noto que los latidos de mi corazón están... no sé... descompasados, no sé, como si estuvieran mandando un mensaje de SOS.

EVA.- (Aplicándole el fonendoscopio.) Un mensaje de SOS... Ja, ja. Qué gracioso. Como por culpa de este pelmazo llegue tarde a mi cita...

JOSÉ.- Mierda, no lo ha pillado. Sí, por lo del código Morse...

EVA.- Ya. No le pasa nada. Su corazón late con absoluta normalidad, como el de todo el mundo. Está como un roble (**Revisando su historial.**). Por lo que veo, últimamente no ha tenido usted más problemas que el de la alergia. ¿Nada de gripe?

JOSÉ.- No.

EVA.- ¿Ni un simple resfriado?

JOSÉ.- Tampoco. Por eso nunca nos habíamos visto.

EVA.- ¿Quién?

JOSÉ.- Usted y yo.

EVA.- Ah, ya.

JOSÉ.- Vaya, no debería haberlo dicho. Tampoco es profesional. Un paciente no debe tener esas confianzas con su médico. Nada de juntarnos en la misma frase. «Usted y yo». Intimidad lingüística. Qué bonito: «intimidad lingüística». Debería dedicarme a escribir. A lo mejor mañana me pongo a escribir una novela. Mañana no puedo. Mejor pasado.

EVA.- ¿Cómo sabe que llevo poco tiempo aquí? Si va sólo una vez al año, no tendría por qué fijarse. Pensará que soy

una novata, una inútil que se dedica a repartir a los pacientes entre los especialistas y a recetar drogas sin criterio. ¿Y si no se queda conforme con el diagnóstico? Es la primera vez que trato a alguien que no se constipa nunca. Es un caso digno de estudio. Como para ganar el premio Nobel. Bueno, dejémonos de tonterías. Tómese esto cada ocho horas. **(Le escribe unas recetas.)** Si tiene algún problema, vuelva.

JOSÉ.- De acuerdo. Hasta luego. **(Se levanta y se dirige hacia la puerta.)**

EVA.- Hasta luego. Vaya. Mi «hasta luego» ha sido demasiado afectuoso. Pensaré que quiero algo con él o alguna burrada semejante. Qué tonterías digo. Yo y mi ego descompensado. Mi incapacidad de relacionarme con normalidad con el sexo opuesto me impulsa a inventarme historias absurdas que reprimen deseos ocultos. «Pensaré que quiero algo con él». Por Dios. La gente no está tan desesperada...

JOSÉ.- **(Justo antes de irse, con el pomo de la puerta en la mano.)** Ese «hasta luego» no ha sido tan frío como el resto de la conversación. Puede ser su manera de decirme algo. A lo mejor le gusto. ¿Y ella a mí me gusta? No tiene sentido del humor, pero su lunar es verdaderamente interesante. ¿Le gustaré? Quién sabe. Ojalá pudiéramos escuchar nuestros pensamientos. La vida no sería tan complicada...

(Oscuro.)

Tres

Marquesina de una parada de autobús, iluminada por una raquílica farola. JOSÉ esperando, aburrido, se asoma esperando ver el autobús a punto de llegar. De repente, vuelve a su posición anterior. Es EVA la que llega.

JOSÉ.- Hola.

EVA.- Ah, hola.

(Silencio. EVA da la espalda a JOSÉ . Tras una leve sensación de alivio, ella parece impaciente. JOSÉ parece haber perdido la impaciencia que ahora domina a EVA.)

JOSÉ.- Creo que va a tardar. Cuando llegué, se me escapó uno.

EVA.- ¿Prdn?

JOSÉ.- **(Un poco extrañado, pero entendiendo.)** El autobús. Que va a tardar. ¿Tú también coges el 493?

EVA.- N.

JOSÉ.- ¿Cómo?

EVA.- N. **(Respira hondo.)** No. No voy a coger el autobús.

JOSÉ.- Ah.

(Silencio.)

EVA.- Estoy esperando a alguien.

JOSÉ.- Ah, ya.

(Silencio.)

EVA.- **(Ganando confianza.)** Hace un poco de frío, ¿verdad?

JOSÉ.- **(Observando primero el abrigo de ELLA y luego a sí mismo, a sus mentirosas mangas cortas.)** Sí. Parece que esta noche va a refrescar.

EVA.- Aunque a ti te dará igual, porque nunca te constipas. **(Le mira. Sonrisa afable. JOSÉ ríe la broma, con algo más que afabilidad. El ruido de un autobús que pasa. EVA echa un vistazo.)** ¿Ése no era el 493?

JOSÉ.- ¿El 493? Pues sí. Parece que lo he vuelto a perder.

EVA.- ¿Hoy estás poco despierto, eh? **(Otra sonrisa cómplice.)**

JOSÉ.- **(Ídem.)** Ahora que lo dices, la verdad es que...

(Sin girar la cabeza, EVA ve venir a alguien.)

EVA.- Mira, ahí está.

JOSÉ.- (Decepcionado.) ¿Quién?

(Entra BRUNO.)

BRUNO.- (A Eva.) ¡Guten Abend, meine süß Mädchen!

JOSÉ.- (Antes de que EVA pueda responder.) ¡Bruno!
¿Qué haces tú aquí?

BRUNO.- ¿No te lo he dicho? Disculpa. Esta tarde había quedado con una compañera del curso de alemán...

JOSÉ.- Ya, eso ya lo sé.

EVA.- ¿Os conocéis?

JOSÉ.- (Reaccionando. Por un momento se había olvidado de ella. A EVA.) Somos buenos amigos. **(A BRUNO.)** ¿Cómo no me habías dicho que habías quedado con MI médico? Porque ella es MI médico, casualmente.

BRUNO.- ¿Por qué iba a decirte que era TU médico? No es de buena educación preguntar a las mujeres si son las médicos de mis amigos.

EVA.- (Siguiendo el juego.) Me hubiera parecido terriblemente ofensivo.

BRUNO.- (Totalmente en serio.) Como preguntar por la talla de tus zapatos.

EVA.- (Afligida en falsete.) ¡Oh, cómo te atreves!

JOSÉ.- (Humillado.) Vale, vale, lo he entendido. No haré más preguntas estúpidas. Bueno, ya nos hemos presentado. Yo me voy a casa. Pasadlo bien.

BRUNO.- No, no, no, no. Aprovechando que estás aquí, voy a mostrarte lo que te había prometido **(Se dirige a la farola. Se pone a su lado y cierra los ojos. Parece en trance.)**

JOSÉ.- Otro día, Bruno

BRUNO.- Nada de otro día. Esto no puede esperar.

JOSÉ.- De acuerdo.

EVA.- (A JOSÉ, en voz baja, como si temiese romper el hechizo.) ¿Qué hace?

JOSÉ.- Intenta hacer un milagro.

EVA.- ¿Un milagro?

JOSÉ.- Piensa que Dios es la energía eléctrica. Así que si consiguiera apagar la farola con el pensamiento...

EVA.- Conseguiría línea directa con Dios.

JOSÉ.- Exacto. Y, sobre todo, demostraría que tiene razón.

EVA.- Es asombroso.

JOSÉ.- (Irónico.) Fascinante.

EVA.- Tu amigo y tú sois dos tipos muy especiales.

JOSÉ.- ¿Mi amigo y quién?

EVA.- Y tú.

JOSÉ.- Eso había oído. Y no puede ser. Cambia la frase. Rectifica o quedarás eliminada.

EVA.- ¿Por qué iba a rectificar? Lo sois.

JOSÉ.- Vale. ¿Pero «especiales» en el sentido de «admirables, estupendos y magníficos» o «especiales» en el sentido de «raros»?

EVA.- No sabría decirte... Tú por ejemplo, pareces inmune a los resfriados...

JOSÉ.- Eso no es tan raro...

BRUNO.- (Sin abrir los ojos ni salir del trance.) José es inmune al frío. Cuéntale tu historia, José.

JOSÉ.- ¡Shh, calla! ¿Tú no estabas hablando con Dios?

BRUNO.- Estoy en espera. Han puesto música folk en el hilo musical.

EVA.- (A JOSÉ.) ¿Qué historia?

JOSÉ.- Nada, una tontería. Un rollo supersticioso.

EVA.- Cuéntamelo...

JOSÉ.- No....

EVA.- (Dulce.) Por favor...

JOSÉ.- Está bien. Pero prométeme que no te vas a reír.

EVA.- Lo prometo.

JOSÉ.- (**Rápido, dejando caer la historia como si quisiera que terminara antes de empezar.**) De pequeño, en mi pueblo, en el pueblo de mis padres mejor dicho, cayó una tormenta. Yo estaba en la calle. Me pegué a la pared de un edificio, para aprovechar la parte cubierta y no mojarme. La parte en la que menos me mojaba era la puerta. La puerta era metálica. Me apoyé en ella, y justo en ese momento, cayó un rayo.

EVA.- Dios mío. ¿Y no te electrocutaste?

JOSÉ.- Faltó poco. El caso es que al rato yo sólo sentía un poco de calor. Más de lo normal para esas fechas. Luego, ya en la ciudad, siempre me dejaba el abrigo en casa. No tenía frío. Ni siquiera en pleno invierno.

EVA.- ¿Tu madre no te regañaba?

JOSÉ.- Continuamente. Como todas las madres. Pero mi abuela me defendía. Mi abuela tiene un poco de bruja. Ella decía que había sido el rayo. Que, a través del rayo, Dios me había concedido un don.

BRUNO.- ¿Lo ves? ¡Tu abuela sí que era sabia! ¡Dios es la electricidad!

JOSÉ.- ¡Cállate de una puta vez! (**A EVA.**) Ahora sí que pensarás que soy un tipo «raro».

EVA.- ¿Raro? No sé... ¿Quieres decir... como Bruno?

JOSÉ.- Exacto.

EVA.- No.

JOSÉ.-(**Esperanzado.**) ¿No?

EVA.- De hecho... No...

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- Cómo decirte...

JOSÉ.- Por favor...

EVA.- Me gustaría hacerte una proposición... Espero que no te parezca «rara».

JOSÉ.- No te preocupes. (**Mirando a BRUNO, que está empezando a murmurar en idiomas extraños.**) Estoy acostumbrado.

EVA.- Me gustaría investigar tu caso. Científicamente. Puede ser todo un hallazgo.

JOSÉ.- ¿Me estás vacilando?

EVA.- Hablo completamente en serio. Te daría mi tarjeta... si tuviera. Bueno, decídetelo ya porque por ahí viene tu autobús.

JOSÉ.- ¿El autobús? Vaya. Quiero decir, ya era hora. Eeh... Sí. Vale. Acepto que me investigues. Todo sea por el bien de la ciencia.

EVA.- Bueno, José, encantada de conocerte. Hasta luego.

JOSÉ.- Hasta luego.

(Oscuro.)

Cuatro

Salón de la casa de BRUNO. A media luz JOSÉ y EVA, sentados a la mesa, uno en frente de otro. También puede ser un sofá o sillas sin mesa.

EVA.- (**Escribiendo algo.**) «Ausencia de antecedentes en la familia». Muy bien. Antes de seguir con el cuestionario, tengo que hacerte una pregunta.

JOSÉ.- Adelante.

EVA.- ¿Por qué hemos quedado en casa de Bruno?

JOSÉ.- Ah, sí, sí. Es lógico que te extrañe...

EVA.- No quiero decir que me parezca mal...

JOSÉ.- No, no, si lo entiendo perfectamente. Verás. En mi casa están mis padres. Y los tuyos en la tuya, claro.

EVA.- Claro.

JOSÉ.- Bueno, pues Bruno me ofreció su casa, y pensé que era preferible a quedar en una cafetería o en un sitio

más ruidoso. O más frío. Creo que esto no convence. Pensará que esto es una especie de encerrona para ligar con ella. Aunque la verdad es que ésa era la intención de Bruno cuando me dejó la casa. Parece que la cosa entre ellos no iba a ningún lado.

EVA.- ¿Y en qué trabaja para permitirse una casa como ésta para él solo? Me parece que hay algo más. ¿Cómo podríamos llamarlo...? Una encerrona. Eso, una encerrona. Como yo no quiero nada con el gilipollas de Bruno, ahora le toca a él. Bien. Veremos como se desarrolla la tarde.

JOSÉ.- Trabaja como cobaya humana.

EVA.- ¿Cómo?

JOSÉ.- No, no te asustes. Qué tontería. ¿Por qué se va a asustar de eso si es médico? Tiene que probar alimentos nuevos, artículos de aseo en pruebas que van a salir al mercado, todo eso, y dar su opinión. Estadísticamente, Bruno representa a diez mil personas.

EVA.- ¿Él solo?

JOSÉ.- Él solo.

EVA.- ¿Y cuesta mucho mantener diez mil amistades?

JOSÉ.- Es fácil. Basta con acordarse de la fecha de su cumpleaños. Eso es. Mi ingenio está al nivel del suyo. Pero no nos hemos reído. No pasa nada. Decir frases ingeniosas y no reírse es propio de personas inteligentes. Pero si puede permitirse esta casa no es por su trabajo.

EVA.- Imagino. ¿Por qué estamos hablando de esto? ¿A mí qué me importa la vida de ese tío?

JOSÉ.- Su padre es un pez gordo de las inmobiliarias.

EVA.- Vamos, que es un pijo de mierda (**Se ríe.**)

JOSÉ.- (**Riéndose también.**) Sí, un pijo de mierda. Se ha pasado un poco. Hay que tener mucha confianza con alguien para insultarle de esa manera.

EVA.- Vale. Una vez resueltas las dudas, es hora de que sigamos con nuestro trabajo.

JOSÉ.- Allá vamos.

EVA.- Ya que ha salido el tema de las cobayas, tienes que saber que tú no eres una cobaya.

JOSÉ.- Bueno es saberlo. Pero creo que ya me había dado cuenta. (**ELLA se ríe forzosamente.**) Esa risa... No es

auténtica. Le ha parecido una impertinencia lo que he dicho. Tengo que tomármelo en serio. Es broma.

EVA.- Ya, ya lo sé.

JOSÉ.- Mierda, he vuelto a meter la pata.

EVA.- Lo que quiero decir es que tú no eres un mero objeto que yo utilice para experimentar.

JOSÉ.- Un hombre-objeto (**Comienza a reírse, pero se para al ver que ELLA no le acompaña.**) Mierda. ¿Por qué no te callarás, imbécil? Parezco gilipollas. También es verdad que lo del hombre-objeto tiene su gracia. La verdad es que no me importaría que me tratara como un objeto. Que me utilizara. Ojalá.

EVA.- ¿Por qué lo hace tan difícil? Ésta es la parte más engorrosa del asunto. No sé para qué me esfuerzo en convencerle de que él también es el protagonista del descubrimiento. «Descubrimiento». Qué bien suena. «Eva Ramos descubre la vacuna contra el resfriado». «Eva Ramos, premio Nobel de Medicina más joven de la historia». José, tú también eres el protagonista del descubrimiento.

JOSÉ.- ¿Descubrimiento? ¿Protagonista de un descubrimiento? Siempre he querido ser protagonista. Y de un descubrimiento, nada menos. ¿Saldré en los telediarios?

EVA.- Experimento. Perdón. Que puede convertirse en un descubrimiento, si hay suerte. No parece muy interesado en lo del protagonismo. Como si no le importara que le utilizaran. Estupendo. Eso me facilitará el trabajo. La beca será mía. En cuanto a lo de la encerrona... La verdad es que no deja de apetecerme. Yo, por ahora, mantengo el control. Y él intenta ser simpático. Torpe, pero simpático. Pero la gente pensaría que es poco profesional. Qué tontería. Seremos algo así como los Curie. Quiero decir que si el experimento tiene éxito, los dos lo compartiremos. Seremos algo así como los Curie.

JOSÉ.- ¿Quiénes?

EVA.- Los científicos.

JOSÉ.- Ah, ya, los científicos. Sí, estaría bien ser como ellos.

EVA.- Pero nada de matrimonio, ¿eh?

JOSÉ.- No, por supuesto. ¿Qué ha querido decir? ¿Habrá insinuado algo más en el fondo? ¿Será cierto que ella y yo...? Tengo que aferrarme a ella. La ayudaré en su

descubrimiento. Seremos como los Curie esos... pero sin casarnos. ¿Sabes? Me gusta eso de ser protagonista.

EVA.- ¿Sí? ¿No te asusta un poco la responsabilidad?

JOSÉ.- ¿La responsabilidad? Bueno, en asuntos como éste es en lo último que uno piensa.

EVA.- Buena respuesta.

JOSÉ.- Te sorprendería saber lo grande que es mi pasión por la ciencia. ¿Qué sería del progreso humano sin la ciencia? Viviríamos todavía en cuevas, matando dinosaurios. Pero gracias a los grandes genios sabemos cómo se mueven los planetas y que si es verano es porque la Tierra está mas cerca del Sol... ¿Sabes? Mi mayor deseo es aportar algo a la humanidad, dejar mi huella, como los genios. Que mi nombre quede grabado en los libros de texto... Me estoy enrollando, supongo que debes seguir con el cuestionario.

EVA.- El cuestionario... Esto se está poniendo interesante. Dejaremos el cuestionario para otro día. Qué curioso. Precisamente en el cuestionario hay una pregunta sobre eso. (**Leyendo.**) Pregunta 28: ¿Desea usted aportar algo a la humanidad?

JOSÉ.- Llámame de tú. Por favor

EVA.- Muy bien. ¿Deseas aportar algo a la humanidad, José?

JOSÉ.- Que bien suena mi nombre pronunciado por ella. Cuando ella lo dice parece menos vulgar, parece un nombre importante. Cuando estoy con ella soy Alguien. Pues como te iba diciendo, Eva, quiero dejar huella, pasar a la Historia, destacar de entre la masa, de entre la mediocridad.

EVA.- ¿Te consideras un hombre mediocre? Ésa es la pregunta 29.

JOSÉ.- ¿Ésa es la pregunta 29? Increíble...

EVA.- ¿Verdad que sí?

JOSÉ.- Es casi mágico.

EVA.- Y que lo digas...

JOSÉ.- ¿Se cree que soy tonto? Eso no puede venir en el cuestionario. Se lo está inventando. Y me encanta. Pues la verdad es que sí. Me considero un hombre mediocre.

EVA.- ¿En serio? Debe ser horrible...

JOSÉ.- Desde luego. Tú, por lo menos, tienes un lunar en la nariz muy original.

EVA.- Ah, el lunar... Mierda, el maquillaje no ha funcionado. Maldito lunar.

JOSÉ.- Horror. Le ha molestado lo del lunar. Venga, hay que arreglarlo, no podemos joderlo ahora. Lo digo como algo anecdótico... Seguro que tienes muchas más cosas que te distinguen y te hacen destacar.

EVA.- Bueno, gracias, pero no te creas...

JOSÉ.- Seguro, seguro. Yo, sin embargo soy absolutamente normal, esperable y anodino.

EVA.- No será para tanto. Seguro que tienes algún talento. Seguro que, no sé, destacabas en alguna asignatura en el colegio.

JOSÉ.- En absoluto. Cincos pelados. Siempre.

EVA.- Seguro que eres el líder entre tus amigos. Tienes cara de líder.

JOSÉ.- Para nada. Siempre son otros los que deciden lo que hago en mi tiempo libre.

EVA.- No sé, ¿qué tal tu coeficiente de inteligencia?

JOSÉ.- La media universal. No como Bruno, que técnicamente es un genio. Aunque a veces no lo parece.

EVA.- Pues a veces no lo parece. Veamos... Seguro que tienes alguna filosofía particular sobre el sentido de la vida. Unas ideas originales e impactantes.

JOSÉ.- Qué va. Las de todo el mundo, según las estadísticas.

EVA.- ¿Ser feliz y aprovechar el tiempo porque la vida es corta?

JOSÉ.- Exacto. ¿También tú piensas así?

EVA.- Sí. Como todo el mundo. Por lo visto.

JOSÉ.- Es curioso. Pensar lo mismo que ella me hace sentir especial. Me excita, me apasiona. Aunque sea lo mismo que piense el 93,7 % de la población entre los 20 y los 30 años. Sin embargo, Bruno debe tener un cajón lleno y saca una cada día. El otro día me dijo que el sentido de la vida consiste en descubrir si la luz de la nevera se queda apagada cuando cierras la puerta.

EVA.- Bueno, en el fondo es muy filosófico. Pero no es nada original.

JOSÉ.- Me alegro. Un momento. ¿Cuántas preguntas llevamos?

EVA.- Eeh... 34.

JOSÉ.- Continúa.

EVA.- Uff... Menos mal. Creía que se había dado cuenta. Un momento. No puede ser tan tonto... 35. ¿Cuál es tu opinión sobre Dios?

JOSÉ.- Dios mío. Es mi oportunidad. No te lo vas a creer, pero ése es uno de los dos factores que me distinguen de la mayoría de la población.

EVA.- No me digas. Qué casualidad que estuviera en el cuestionario, ¿no?

JOSÉ.- Desde luego.

EVA.- Lo sabe. Tiene que saberlo. Pero quiere jugar. Estupendo. Juguemos. Parece que fuera cosa de... no sé, ¿el Destino? ¿Dios?

JOSÉ.- (Entusiasmado.) Verás, yo pienso que si Dios existiera, no habría mal en el mundo.

EVA.- (Contagiada por el entusiasmo de JOSÉ.) Por lo tanto...

JOSÉ.- ¿Por lo tanto?

EVA.- Perdona, te he interrumpido. Sigue.

JOSÉ.- ¿Que siga? No hay más. Eso es todo.

EVA.- Ah.

(Pausa tensa.)

EVA.- ¿Vamos con la siguiente pregunta?

JOSÉ.- Vale.

EVA.- ¿Seguro?

JOSÉ.- Sí.

EVA.- 36. ¿Cuál es el segundo factor?

JOSÉ.- ¿El segundo factor?

EVA.- Sí, el que te distingue de la gente.

JOSÉ.- Ah, ya. Que no soy feliz.

EVA.- ¿No eres feliz?

JOSÉ.- No.

EVA.- 37. ¿Y eso tiene arreglo?

JOSÉ.- Espero que sí. ¿Tiene arreglo, Eva?

EVA.- Sí.

JOSÉ.- Gracias.

EVA.- 38. ¿Te importaría si te dijera que me gustaría utilizarte para compensar la creciente debilidad de mi ego en lo concerniente a las relaciones hombre-mujer?

JOSÉ.- Es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

EVA.- 39. ¿Te parece poco profesional que tu médico intente ligar contigo?

JOSÉ.- ¿Te puedo responder con una pregunta?

EVA.- Por supuesto.

JOSÉ.- ¿Qué tal se te da el umlaut?

(Oscuro.)

Cinco

Laboratorio. ELLA, vestida con una bata de médico, está mirando por un microscopio. JOSÉ, sentado aparte con un montón de cables unidos al pecho, o apretando su brazo como si le acabaran de vacunar, parece aburrido.

EVA.- Eureka.

JOSÉ.- ¿Alguna novedad?

EVA.- Todo va tal como estaba previsto. Con una sesión más, el experimento estará terminado. Te has portado. (Se acerca a JOSÉ. Se besan.)

JOSÉ.- ¿A todos los sujetos de tus experimentos les haces lo mismo?

EVA.- Sólo a las cobayas.

JOSÉ.- No hay nada como un buen hocico babeante.

EVA.- Mira quien habla. (**Se besan otra vez.**) Eres mi animal favorito. Mi pequeña bestia irracional.

JOSÉ.- Te quiero porque descubres mi lado sensible.

EVA.- José, ¿te das cuenta de que el plan del experimento se ha cumplido perfectamente?

JOSÉ.- Ah. Qué emoción. (**Intentando besarla.**) ¿Por qué no volvemos al trabajo?

EVA.- (**Escapándose.**) Te lo digo en serio. La semana que viene se cumplen los tres meses. Si todo va bien, mi trabajo habrá terminado. Primero me concederán la beca. Eso me permitirá culminar nuestro descubrimiento y darlo a conocer.

JOSÉ.- «La vacuna definitiva contra el resfriado común y la solución definitiva contra todos los males procedentes del frío»

EVA.- Exacto. ¿No es apasionante?

JOSÉ.- Si tú lo dices...

EVA.- Primero se publicará en revistas médicas pequeñas. Pero pronto la noticia correrá por todo el mundo. En poco tiempo aparecerá en Science. De ahí a todos los telediarios del mundo.

JOSÉ.- A ti te darán el premio Nobel...

EVA.- No te pases. Nos conformaremos con que las empresas farmacéuticas se peleen por la explotación de la vacuna.

JOSÉ.- Pero tú la entregarás generosamente en beneficio de la humanidad...

EVA.- Ya veremos. Sólo si me dan el premio Nobel. Ahora tú. Saldrás también en los telediarios.

JOSÉ.- «El increíble hombre que nunca tiene frío».

EVA.- Te invitarán a todos los programas. Serás una estrella. Firmarás autógrafos.

JOSÉ.- ¿Estás segura?

EVA.- Del todo. Eso también está previsto. Como el plan del experimento. Tu agenda será un plan establecido. Con todas las fechas marcadas. Para toda la vida. ¿Sabes qué será lo mejor de todo?

JOSÉ.- ¿Que podré vender camisetas con mi cara?

EVA.- Lo mejor de todo es que seguiremos juntos.

JOSÉ.- No sé. En realidad no eres mi tipo. Te falta algo de pelo y tu hocico está muy limpio.

EVA.- Eso tiene arreglo. **(Se besan.)** ¿Te das cuenta, José? Vas a ser alguien importante.

JOSÉ.- Y todo por no tener frío. Hay que joderse.

EVA.- A veces, ser un monstruo tiene sus ventajas.

JOSÉ.- Gracias. Hace un momento era una cobaya. Ahora soy un monstruo. La evolución sigue su proceso imparable hacia la perfección.

EVA.- Me encantan los monstruos.

JOSÉ.- Vamos a ver. A ti te encantan los monstruos. ¿Y a la gente? ¿La gente también quiere a los monstruos?

EVA.- No. La gente no quiere a los monstruos. La gente necesita monstruos. Mientras salgan monstruos en la tele no necesitarán mirarse al espejo.

JOSÉ.- Vaya. No hablas mal para ser de ciencias.

EVA.- No me hagas caso. Hablo por hablar. Voy a cambiarme. **(Se va.)**

JOSÉ.- Eva. **(Pausa.)** ¡Eva!

EVA.- **(En off.)** ¡Qué!

JOSÉ.- ¡Te quiero!

EVA.- **(En off.)** ¿Qué?

JOSÉ.- ¡Que te quiero!

EVA.- **(Entrando.)** ¿Qué dices?

JOSÉ.- Que qué bueno... Lo del descubrimiento, digo.

EVA.- Sí. Qué bueno. **(Él empieza a vestirse.)** José...

JOSÉ.- ¿Sí?

EVA.- Qtqr.

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- Tqr.

JOSÉ.- Cariño, sácate el zapato de la boca... **(Los dos ríen, ella con pocas ganas.)** ¿Qué me dices?

EVA.- Nd.

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- Nada. Que te vistas ya, que ya hemos terminado.

JOSÉ.- Vale, lo haré. No me vaya a resfriar...

(Los dos ríen falsamente, avergonzados en el fondo de su propia cobardía.)

(Oscuro.)

Seis

Salón de una casa. Lujo desordenado. Entran EVA y JOSÉ. Su actitud y vestuario denotan el paso del tiempo. Hablan con un tono muy afectado y melodramático que recuerda a los peores telefilmes americanos.

EVA.- Por fin en casa.

JOSÉ.- Por una vez tienes razón **(Rebuscando ansioso entre los cojines del sofá.)** ¿Dónde está la botella que dejé aquí el otro día?

EVA.- Te la bebiste antes de ayer.

JOSÉ.- ¡Mentira! ¡Me la has escondido! ¿Dónde está, vieja zorra?

EVA.- Te la bebiste antes de ayer. Has batido tu record. Dos días sin beber. ¿Por qué no lo cuentas en la próxima reunión de Alcohólicos Anónimos? Todas las cámaras estarán allí. Te sacarán en todos los canales.

JOSÉ.- No pienso volver a esas reuniones. No soy un alcohólico. Sólo bebo cuando me lo pide el cuerpo. ¡Y mi cuerpo es el que nos ha hecho ricos!

EVA.- Herrera dice que esas reuniones son una publicidad muy positiva. Y tienen el morbo suficiente como para llamar la atención del público.

JOSÉ.- Herrera, Herrera, ¿cuánto tiempo tengo que seguir oyendo ese nombre? Herrera no tiene ni puta idea. ¿Y para qué más publicidad? ¿No tenemos bastante con las camisetas con mi cara y mi logotipo?

EVA.- ¡Hace un año que no vendemos una puta camiseta!

JOSÉ.- (Sarcástico.) Pues tendrás que empeñar el premio Nobel...

EVA.- (Perfectamente seria.) Ya lo he hecho. Antes de ayer. José, estás acabado.

JOSÉ.- ¿Ah, sí? ¿Eso te ha dicho Herrera?

EVA.- Herrera es el único que ha hecho algo por ti en los últimos dos años.

JOSÉ.- Herrera sólo quiere chuparme la sangre. Él es el que sobra aquí. **(Saca un teléfono móvil y marca.)** Ahora mismo le diré que no contamos con él. No le necesitamos. El pueblo me quiere.

EVA.- El pueblo no te quiere, José. Sólo eres un monstruo que les mantiene entretenidos de sus problemas cotidianos.

JOSÉ.- (Interrumpiendo la llamada.) ¿Para ti también soy un monstruo?

EVA.- No. Para mí tú eres un problema cotidiano.

JOSÉ.- Entonces haz las maletas y vete.

EVA.- No hace falta. Mis cosas están ya en casa de Bruno. Desde antes de ayer.

JOSÉ.- ¿Quién es Bruno?

EVA.- Es tu representante, José. Bruno Herrera. Le amo desde que le conocí. No, no es cierto, le amo desde que te conocí.

JOSÉ.- Me has utilizado. Lo sabía. Toda nuestra relación ha sido un montaje para enriquecerte...

EVA.- ¿Y tú? ¿Qué has hecho en tu vida sino aprovecharte de la situación y dejarte llevar? ¿Dónde están esos libros que ibas a escribir y que te darían el Nobel de literatura?

JOSÉ.- No he tenido tiempo.

EVA.- Que no has tenido tiempo... Si por lo menos me hubieras dicho «te quiero» a la cara alguna vez, quizá...

JOSÉ.- ¡No es culpa mía! Es el resultado de la ausencia de referentes afectivos en mi infancia! Pero yo te quería... ¿Y tú? ¿Cuándo me lo dijiste?

EVA.- Adiós, José. (Se va.)

JOSÉ.- (Tras un momento de duda, JOSÉ se dirige al lugar por el que salió EVA.) ¡Eva! ¡No te vayas! ¡Eva! ¡Dime por lo menos si me quieres! (Silencio. Se rinde. Vuelve al sofá y busca entre los cojines. Encuentra una pistola y se dispara en la sien.)

(Oscuro.)

Siete

JOSÉ habla por teléfono con BRUNO. La situación en escena es idéntica a la de la escena uno.

BRUNO.- ¿Y cuántas noches llevas soñando eso?

JOSÉ.- Toda la semana. Cada noche la misma pesadilla. Es increíble.

BRUNO.- ¿No se lo habrás dicho a Eva?

JOSÉ.- Por supuesto que no. No quiero preocuparla.

BRUNO.- Bien hecho. No es bueno que despiertes los irrefrenables deseos de poseerme que su subconsciente intenta reprimir.

JOSÉ.- ¡Bruno, por favor! ¡El sueño es mío!

BRUNO.- Ya lo sé. Pero si fuera de ella sería mucho más fácil. ¿No crees?

JOSÉ.- Vamos a ver. Tú hiciste un cursillo de interpretación de los sueños, ¿no?

BRUNO.- Sí. ¿Eso quiere decir que has llamado a tu mejor amigo, al que llevas sin ver una semana, sólo para aprovecharte de sus conocimientos?

JOSÉ.- Exacto. ¿Algún problema?

BRUNO.- Ninguno. Empecemos: lo más importante es el grado de falicidad.

JOSÉ.- Falicidad... ¿Valen las serpientes, los cuchillos, los palos de golf?

BRUNO.- Perfecto. Cualquier cosa que tienda a la verticalidad y la posición enhiesta.

JOSÉ.- Nada. No hay falos.

BRUNO.- Muy bien. Grado de falicidad: cero. ¿Qué tal tus dientes?

JOSÉ.- ¿Qué le pasa a mis dientes?

BRUNO.- ¿Los tenías puestos?

JOSÉ.- Claro.

BRUNO.- Estupendo. Queda descartado el complejo de impotencia.

JOSÉ.- (Enfadado) ¿Acaso pensabas que...?

BRUNO.- (Interrumpiéndole) Calla, José, no te pierdas. No olvides que cualquier intento de afirmar la propia virilidad no es más que una forma de cubrir su ausencia.

JOSÉ.- Bruno, o dejas el sexo o te cuelgo ahora mismo.

BRUNO.- Precisamente esa agresividad es indicio de...

JOSÉ.-(Interrumpiendo.) Bruno...

BRUNO.- Muy bien. Dejaremos el psicoanálisis. Creo que se trata de otra modalidad. Es un sueño-augurio.

JOSÉ.- ¿Qué?

BRUNO.- Es un sueño que predice el futuro.

JOSÉ.- No me jodas.

BRUNO.- Lo siento.

JOSÉ.- Venga ya, Bruno...

BRUNO.- No, no, es rigurosamente cierto... ¿No recuerdas aquella vez que te llamé por teléfono para decirte que la noche antes había tenido un sueño en el que yo te llamaba para decirte que había tenido un sueño?

JOSÉ.- No sé si eso sirve...

BRUNO.- Profundicemos en el asunto. ¿El sueño era en color?

JOSÉ.- Sí. Pero era un color raro, como nebuloso, como cutre, como una película mal iluminada.

BRUNO.- ¡Ajá! ¡Como una película!

JOSÉ.- ¿Qué pasa? ¿Eso te dice algo?

BRUNO.- No, pero es de lo más interesante, ¿verdad? ¿Y qué puntuación le pondrías? En estrellas, si es posible...

JOSÉ.- La mínima. Sin duda, la mínima.

BRUNO.- Ay, José... ¿Será posible que hasta tus sueños sean comerciales?

JOSÉ.- ¿Sabes una cosa? No sé si lo que he soñado será o no mi futuro, pero, ¿no crees que es terriblemente predecible?

BRUNO.- Terriblemente.

JOSÉ.- Es el futuro estándar del triunfador público que fracasa en su vida privada.

BRUNO.- Todo un tópico de la postmodernidad.

JOSÉ.- Tú lo has dicho. Tengo que hacer algo. No quiero ese futuro para mí. Pero, sobre todo, no quiero ese futuro para ella.

BRUNO.- Muy bonito. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

JOSÉ.- No. ¿Y tú? ¿Tienes alguna idea?

BRUNO.- Sí.

JOSÉ.- Adelante. Estoy tan desesperado como para hacerte caso.

BRUNO.- Vamos a ver: tú quieres triunfar en la vida. ¿Correcto?

JOSÉ.- Correcto.

BRUNO.- Y quieres que sea por tus propios medios, nada de parasitar el éxito de nadie, ¿no?

JOSÉ.- Exacto.

BRUNO.- Y tienes miedo de que Eva te esté utilizando y que en realidad no te quiera, además de que eres incapaz de decirle que la quieres a la cara.

JOSÉ.- ¡Eh, un momento! Eso no está tan claro...

BRUNO.- Claro que sí. Le pasa al 76,3 % de las parejas durante el segundo año de relación.

JOSÉ.- Menudo consuelo. ¿Y cuál es la solución? Por favor, que no sea estadísticamente mayoritaria.

BRUNO.- Huye. A donde te lleve el azar. Échate a la carretera con lo justo y no pares hasta que el sol se ponga por tercera vez.

JOSÉ.- No tengo coche, Bruno

BRUNO.- Lo sé. Más aventuras, luego más independencia, luego más material para escribir las novelas que darán el premio Nobel.

JOSÉ.- ¿Pretendes que haga auto-stop?

BRUNO.- No soy yo, es el destino el que ha decidido que así sea.

JOSÉ.- Pero eso de huir viajando a dedo... ¿No te parece que también está muy visto? Además, es, no sé, como muy yanqui...

BRUNO.- Es lo más parecido que tenemos en el siglo XXI a una romántica cabalgada hacia el horizonte teñido del rojo del atardecer.

JOSÉ.- No me cabe duda. ¿De verdad crees que debo romper así con mi vida?

BRUNO.- ¡Por supuesto! ¡Si no estás contento con tu futuro créate uno a tu medida! ¡Invéntate una nueva identidad!

JOSÉ.- Muy bien, lo haré.

BRUNO.- ¡Así se habla!

JOSÉ.- Pero que conste que lo hago por ella.

BRUNO.- Muy bien dicho.

JOSÉ.- No la estoy abandonando. Le hago un pequeño daño ahora para evitar que su dolor futuro sea mayor.

BRUNO.- Eres un genio, José.

JOSÉ.- No tengo miedo de mi futuro. Es mi futuro el que tiene miedo de mí.

BRUNO.- ¡Eso es!

JOSÉ.- Bruno.

BRUNO.- Qué.

JOSÉ.- ¿De verdad no tengo miedo?

BRUNO.- Por supuesto que no. Confía en mí. ¿Alguna vez te he fallado?

(Oscuro.)

Ocho

JOSÉ está en el asiento del copiloto. Al volante el conductor, que tiene un extraño parecido con BRUNO. La ropa, un aparatoso bigote y una risa particularmente estridente disimulan la similitud.

CONDUCTOR.- Pues no se le nota nada el acento.

JOSÉ.- (Sin simular acento extranjero.) Hablo español desde los cuatro años. Fue el primero de los treinta idiomas que conozco.

CONDUCTOR.- ¿Cómo había dicho que se llamaba?

JOSÉ.- Pierre. Pierre Curie.

CONDUCTOR.- Pues habla español como si hubiera nacido aquí, Pierre.

JOSÉ.- No será tanto...

CONDUCTOR.- No, no es por cumplir. Tiene usted un acento perfecto. Sólo algunos problemas con la sintaxis, pero absolutamente perdonables...

JOSÉ.- ¿Problemas con la sintaxis?

CONDUCTOR.- Sí. Pero no se preocupe. El español medio también los comete...

JOSÉ.- ¡Ah, ya! ¡El español medio!

(Silencio.)

JOSÉ.- Oiga. ¿Yo a usted no le he visto antes?

CONDUCTOR.- Usted sabrá. Yo no soy capaz de recordar a todos los que me han visto alguna vez. Si usted puede, debería aprovechar esa habilidad. Podría hacerle millonario si la explotara adecuadamente. **(Ríe.)**

JOSÉ.- No sé, hay algo en su cara que me resulta conocido...

CONDUCTOR.- Todos los que llevamos bigote somos iguales... **(Ríe.)**

(Silencio.)

CONDUCTOR.- Bueno... ¿Y cómo se decidió a hacer auto-stop? **(Ríe. José se ríe también, aunque sin saber muy bien por qué. De repente cesa su risa. Muy serio.)** ¿Sabe usted por qué me río tanto?

JOSÉ.- Debe ser usted muy feliz...

CONDUCTOR.- No diga gilipolleces. Lo que pasa es que yo pienso que esto del auto-stop es, no sé, como muy....

JOSÉ.- ¿Yanqui?

CONDUCTOR.- Exacto. Yanqui. **(Vuelve a reír.)**

JOSÉ.- Muchos me dijeron lo mismo cuando decidí seguir este camino. ¿Sabe qué les respondí? Que hacer auto-stop es lo más parecido que tenemos en el siglo XXI a una romántica cabalgada hacia el horizonte teñido del rojo del atardecer.

CONDUCTOR.- Caray. ¿De qué libro ha sacado esa cursilada?

(El CONDUCTOR ríe estrepitosamente, pero para de golpe. Silencio.)

JOSÉ.- ¿Quiere usted saber por qué decidí emprender este viaje?

CONDUCTOR.- ¿Quiere usted contármelo?

JOSÉ.- (Un tanto desconcertado.) Sí.

CONDUCTOR.- ¿Quién se lo impide?

JOSÉ.- De acuerdo. Verá, yo soy un hombre muy admirado en mi país.

CONDUCTOR.- ¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de usted...

JOSÉ.- Ya sabe lo que dice el refrán: uno nunca es profeta fuera de su tierra.

CONDUCTOR.- No, me parece que el refrán es...

JOSÉ.- (Interrumpiendo.) Tergiversar los refranes era una de mis habilidades.

CONDUCTOR.- ¿Sí? ¿Era usted escritor?

JOSÉ.- Por supuesto. Un escritor de prestigio. Aclamado en Francia pero maldito en España. Es muy dura la vida del genio. ¿Le he dicho que una vez estuve nominado al Nobel?

CONDUCTOR.- ¿En serio? ¿Tenía muchos admiradores?

JOSÉ.- Muchos. Paseaba por la calle y sentía el amor de la gente por todas partes. No hay nada mejor que dejar de ser un bulto en la multitud y ver que todo el mundo te reconoce.

CONDUCTOR.- Pero también tendría usted muchos enemigos.

JOSÉ.- Oh, no, en absoluto... Es un tópico eso de que las personas con muchas responsabilidades acaban rodeados de enemigos, como si el éxito fuera una enfermedad y los que te rodean sarpullidos sintomáticos...

CONDUCTOR.- Qué bella imagen. Se nota que es usted escritor.

JOSÉ.- Gracias, no es para tanto.

CONDUCTOR.- Qué modesto es usted... No me explico cómo no le dieron el Nobel...

JOSÉ.- No, por favor, no me diga esas cosas...

(Silencio. El CONDUCTOR parece haber perdido el interés de repente.)

JOSÉ.- ¿No le surge a usted una pregunta?

CONDUCTOR.- No sé...

JOSÉ.- Vamos, hombre, no se corte, pregúntemela: «¿Por qué, siendo un triunfador, decide emprender este viaje sin destino?» ¿Era eso, verdad?

CONDUCTOR.- Sí. Eso era. Gracias por decirla en mi lugar. Por favor, continúe.

JOSÉ.- Pues se equivoca. Ocurrió en una noche de Otoño. Estaba revisando el correo. El volumen de cartas era tal que no podía sino echar un pequeño vistazo a cada una de ellas y devolver respuestas estereotipadas. Pero una de ellas retuvo mi atención.

CONDUCTOR.- Ya lo sé. Una amenaza de muerte.

JOSÉ.- ¡Por supuesto que no! La gente me quería.

CONDUCTOR.- Discúlpeme. No sé por qué pensé que habría alguien, en algún lugar, deseando deshacerse de usted sin saber cómo.

JOSÉ.- Eso hubiera sido más fácil de soportar. Era una carta de una mujer. Me decía que mis libros habían dado sentido a su vida. Pero... No, es demasiado duro...

CONDUCTOR.- (Entre la intriga y el fastidio.)
Venga, continúe...

JOSÉ.- Pero eso le había hecho pensar. Y llegó a una conclusión: si era un libro lo que daba sentido a su vida, es que su vida no tenía sentido. Aunque ese libro fuera obra de un genio.

CONDUCTOR.- ¿Y de quién dice que era el libro?

JOSÉ.- ¡Mío! ¿Es que no me está escuchando?

CONDUCTOR.- Por supuesto. Cómo no hacerlo...

JOSÉ.- ¿Se da cuenta? ¡Una vida en mis manos! ¡Y esto podría ser sólo el principio! Es peligroso ser alguien importante. Por eso decidí huir. En el fondo, soy un perdedor y un cobarde...

CONDUCTOR.- Hombre, no diga eso... Con lo buen escritor que es...

JOSÉ.- Y no es todo. En la carta quería saber...

CONDUCTOR.- Qué...

JOSÉ.- Mi opinión sobre Dios.

CONDUCTOR.- Pero eso es fácil. Dios está en el televisor, en la tostadora, en las farolas que alumbran nuestras calles...

JOSÉ.- ¿Y en las facturas de fin de mes?

CONDUCTOR.- Pues, bien mirado, también.

JOSÉ.- ¿Seguro que no nos hemos visto antes?

CONDUCTOR.- Usted sabrá. Por cierto, cuando me incluya en su biografía llámeme... Leonardo.

JOSÉ.- Leonardo... Está bien, como usted quiera.

CONDUCTOR.- Gracias. ¿En qué capítulo irá la abducción?

JOSÉ.- ¿La abducción?

CONDUCTOR.- ¿Antes o después de que descubriera usted la vacuna contra el SIDA?

JOSÉ.- Pero...

CONDUCTOR.- (Irónico.) No, no se preocupe, yo me lo creo todo.

JOSÉ.- Le juro que todo lo que he dicho es cierto...

CONDUCTOR.- Claro que sí. ¿Y también es usted inmune al frío?

JOSÉ.- Bueno, pues... ¿Por qué lo dice?

CONDUCTOR.- Porque tengo que pasar a recoger a los cuatro reyes de la baraja y no me va a quedar sitio en el coche. Tranquilo, es una costumbre típicamente española la de dejar escritores franceses tirados en mitad de la autopista en una noche de frío polar. ¿Le gusta ese arcén?

JOSÉ.- Es perfecto. No hay bien que por mal no venga.

(Oscuro sobre el coche. Al público.)

JOSÉ.- No me miren así. Es la primera vez que me invento una vida. Pero ¿y si algún día me pasa? Ya casi

tengo lista mi novela. Quiero decir, que ya he elegido el tipo de letra, el espaciado (**Doble espacio.**) y todo eso. Ya está todo decidido. (**Pausa.**) ¿Qué estará pensando Eva en este momento? ¿Y si se preocupa? No, en lo único en lo que piensa es en su experimento, en su descubrimiento. Y yo no puedo volver. Eso es lo que hace el 89,9 % de las personas que se van de casa. Y esta vez no voy a ser uno de ellos.

(**Oscuro.**)

Nueve

EVA habla por teléfono con BRUNO. La situación en escena es idéntica a la de las escenas uno y siete. La diferencia es que es EVA la que ocupa ahora el lugar de JOSÉ.

EVA.- Así que de comercial en la selva...

BRUNO.- El Amazonas es un mercado sin explotar. El puesto estaba disputadísimo y José no podía desaprovechar una oportunidad así.

EVA.- ¿Y quién quiere comprar un teléfono móvil en una zona que no tiene cobertura?

BRUNO.- Algún día la habrá. Y para entonces hay que tener el mercado controlado. Por eso tantas prisas. Y por eso no te puede llamar desde allí, desde la profundidad de la selva sin cobertura.

EVA.- Parece que está todo muy bien pensado...

BRUNO.- Gracias.

EVA.- Por ahora servirá para mantener tranquilos a sus padres. Éste es un asunto entre él y yo. ¿Por qué se fue José?

BRUNO.- Fue la voz.

EVA.- ¿La voz?

BRUNO.- Sí. Una voz interior. Fue como una revelación.

EVA.- Ya. Le decía que se rapara el pelo y se largara a un monasterio tibetano. Eso está muy visto, Bruno.

BRUNO.- No. Te equivocas, no era eso. Le decía que si permanecía en el mismo lugar durante mucho tiempo, graves desgracias caerían sobre él y los que le rodean.

EVA.- Claro. Una maldición. Cómo no lo había pensado antes.

BRUNO.- Todo proviene del famoso rayo. José no puede permanecer mucho tiempo en un mismo lugar sin provocar profundas alteraciones en el clima local. Lo siento. Sé que no es fácil de aceptar, que esto merecía otro final...

EVA.- Que parece un cuento chino...

BRUNO.- ¿Tú crees?

EVA.- Sí.

BRUNO.- ¿Pero no te parece que es demasiado enrevesado como para ser mentira?

EVA.- No.

(Silencio.)

BRUNO.- José te quiere de verdad.

EVA.- (Irónica.) Desde luego. Siempre lo he dicho. Nada como una huida inesperada para demostrar el amor que un hombre siente por una mujer. Pero no te preocupes. No me importa. José no era precisamente el amor de mi vida. Además, el experimento está terminado. Él se lo pierde si no quiere participar en la explotación del descubrimiento.

BRUNO.- Bueno, yo no me voy, así que si quieres...

EVA.- Sí, quizá te pida apuntes de alemán. Si esto tiene el éxito que espero, no voy a tener tiempo para ir a clase...

BRUNO.- Claro.

EVA.- Llámame si alguna vez José te dice cuándo dejé de interesarle.

BRUNO.- Ha sido una decisión muy difícil para él, Eva.

EVA.- No cabe duda.

BRUNO.- ¿No te interesa nada de lo que te estoy diciendo?

EVA.- Nada.

BRUNO.- ¿En serio?

EVA.- Totalmente.

BRUNO.- Está bien. Pensaba decirte la dirección que de verdad tomó José cuando decidió marcharse, pero como veo que no te interesa...

EVA.- No lo intentes, Bruno, no pienso caer en esa trampa infantil. Es cierto que no me interesa. No me interesa lo más mínimo. Pero puedes decirlo, si quieres. Por mí... No voy a correr a apuntarlo como si estuviera loca por saberlo.

BRUNO.- En primer lugar se dirigió hacia la carretera de Valencia. Lo último que sé es que está en un sitio cercano al kilómetro 147 y que se le está acabando el dinero.

EVA.- **(Impávida.)** Ah. **(Tras una pausa, busca papel y bolígrafo, con tanta precipitación que se le cae al suelo y tiene que agacharse a recogerlo.)**

BRUNO.- ¿Pasa algo?

EVA.- **(Apuntando.)** Nada. Era una pausa sarcástica. Un punto de vista silencioso. Hay que ser muy tonto para huir de una vida y llevarse sólo cuatro duros.

BRUNO.- Creía que no te interesaba lo que te estaba diciendo...

EVA.- Y no me interesa. Pero no escuchar sería un acto de despecho sumamente infantil. Y ya somos mayorcitos para andarnos con tonterías.

BRUNO.- Me alegro de que te lo estés tomando tan bien. A mí me preocupa su situación. Me gustaría ayudarle, pero no tiene un lugar al que pueda enviarle dinero...

EVA.- Yo que tú no me preocuparía por él. Si él no se preocupa por mí, yo no me preocuparé de buscarle.

(Oscuro.)

Diez

La luz sólo deja ver a JOSÉ. Al público.

JOSÉ.- La libertad es poder disfrutar de la mentira. Llevo tres meses viviendo una nueva identidad. Un nuevo futuro inventado por mí. Todo es falso, pero todo es mío, mi creación, no lo que el mundo espera de mí. Mi vida inventada. No sé por qué, pero hay algo que me impide disfrutarla.

(Ahora la luz permite ver un pequeño bar. JOSÉ, vestido con traje de faena, barre el suelo. Aparece MARCELINO, el Encargado del bar, de modales afables y aspecto senil.)

MARCELINO.- Déjalo, ya, Bruno. Que esto es un bar, no el palacio de Versalles...

JOSÉ.- Está bien, pero que conste que me falta media hora para cumplir la jornada laboral...

MARCELINO.- ¿Quién lo dice?

JOSÉ.- A veces me gusta pensar que soy una persona responsable...

MARCELINO.- Pues ya sabes...

JOSÉ.- Ya le he dicho que no...

MARCELINO.- Insisto. ¿Firmas o prefieres seguir de ilegal? Es la última vez que te lo digo. La última, esta vez lo digo en serio.

JOSÉ.- No, Marcelino. Ya sabe que no. Yo quiero ser libre, no estar atado a papeles ni a registros. Como si no existiera.

MARCELINO.- Menudo hippie estás tú hecho. No sabes la suerte que has tenido conmigo. Por cierto. ¿Te he pedido el carnet alguna vez?

JOSÉ.- No.

MARCELINO.- Vamos, que podrías llamarte perfectamente, no sé, Alberto, Juan, Pablo...

JOSÉ.- O José.

MARCELINO.- O José. No. A ti te pega un nombre más especial.

JOSÉ.- ¿Como el mío?

MARCELINO.- Exacto. Como el tuyo. ¿Qué tal llevas tu novela?

JOSÉ.- Umm... Perfilada. Ya sé exactamente el tono en el que la voy a escribir.

MARCELINO.- ¿Y eso te ha costado tanto tiempo?

JOSÉ.- Por supuesto. Quiero hacerlo bien, en serio. Por eso hay que dedicarle tiempo a cosas tan importantes aunque desde fuera pueden parecer absurdas.

MARCELINO.- ¿Sabes dónde he puesto mis gafas?

JOSÉ.- Las tiene en el bolsillo.

(Comprueba que, efectivamente, están en su bolsillo y se las pone.)

MARCELINO.- O sea, que para ti ser libre es como no existir.

JOSÉ.- No exactamente...

MARCELINO.- Bruno, tú huyes de algo, ¿verdad?

JOSÉ.- Ahora que lo dice...

MARCELINO.- ¿Me vas a decir de qué huyes?

JOSÉ.- Si usted quiere...

MARCELINO.- (Interrumpiendo.) No lo hagas. Me importa un bledo.

JOSÉ.- Está bien.

MARCELINO.- Bruno, ¿te he contado alguna vez la historia de mi vida?

JOSÉ.- Cientos de veces...

MARCELINO.- ¿Te importa que te la cuente otra vez?

JOSÉ.- Hombre, pues...

MARCELINO.- Di lo que piensas. No intentes quedar bien. Te la voy a contar igual...

JOSÉ.- Ni se le ocurra contármela.

MARCELINO.- Yo, de joven, cuando tenía tu edad, más o menos, era muy ambicioso. Mucho. Quería hacer un montón de cosas. Quería ser famoso. Quería ser un triunfador y ser muy feliz, tener una mujer guapísima y un montón de hijos de los que estar orgulloso. Incluso tenía una lista con mis propósitos para la vida.

JOSÉ.- Eh...

MARCELINO.- (**Interrumpiendo.**) Calla. Ya sé que eso de las listas es una cosa muy yanqui. Pero a mí me gustaba. Qué le voy a hacer. El caso es que muy pronto tuve que dar por imposible una de mis ilusiones: ser un gran científico y ganar el premio Nobel. Qué bonito hubiera sido... Me casé demasiado pronto, de penalti. Me puse a trabajar para mantener a mi familia.

JOSÉ.- Y encontró un empleo de camarero...

MARCELINO.- Exacto. Y cambié de ambiciones. Ya no quería ser científico. Ahora quería ser dueño de un bar. Dediqué todo mi esfuerzo a conseguirlo.

JOSÉ.- Y hoy, cuarenta años después, todavía está de alquiler. Fin de la historia.

MARCELINO.- Calla, chaval, que esto no ha terminado. Hace exactamente treinta y siete años decidí alquilar este local y montar el bar. Poco a poco me hice con una clientela fija.

JOSÉ.- Paco, Manolo, Eustaquio y... ¿cómo se llama el gordo?

MARCELINO.- Federico.

JOSÉ.- Eso, Federico.

MARCELINO.- Y poco a poco mi mujer y yo íbamos saliendo del agujero.

JOSÉ.- Pero la Naturaleza hizo de las suyas...

MARCELINO.- No sabes lo que cuesta sacar a siete hijos adelante. ¿Tú tendrás hijos algún día?

JOSÉ.- Pues...

MARCELINO.- No, eres muy joven todavía para pensar en esas cosas. ¿Te he preguntado alguna vez si tenías novia?

JOSÉ.- Sí.

MARCELINO.- ¿Sí?

JOSÉ.- Sí. Que me dejó por otro. Que había problemas de alcohol por medio... Da igual. No quiero hablar de ello.

MARCELINO.- Pues no hables. Pero acuérdate de lo que te digo cuando te cases. Bueno, pues de los siete hijos, ninguno quiso estudiar. Poco a poco me fui llenando de deudas. Veía poco a mi familia. Día y noche en el bar viendo una y otra vez las mismas caras. Nos teníamos tan vistos que ya ni hablábamos.

JOSÉ.- Hasta que un día llegó un autoestopista perdido...

MARCELINO.- No te adelantes. Eso es el final. Bueno, no el final del todo. Hay una sorpresa. Bien, para solucionar lo de las deudas, decidí jugar a la lotería. Jugaba casi diariamente. A los ciegos, a la primitiva, a la quiniela... A todas. Pero nunca me tocaba nada.

JOSÉ.- Hasta la semana pasada... ¿Cuánto era? ¿Trescientos euros?

MARCELINO.- Trescientos treinta y siete euros y cuarenta y cinco céntimos.

JOSÉ.- Con eso habrá tapado unos cuantos agujeros, ¿no?

MARCELINO.- (**Orgulloso.**) No. Ésa es la sorpresa. Lo he invertido todo en más lotería.

JOSÉ.- No jodas.

MARCELINO.- Tengo un montón de números. Es casi imposible que no me toque.

JOSÉ.- La madre que le parió.

MARCELINO.- Cuidado con lo que dices.

JOSÉ.- Perdón.

MARCELINO.- ¿Dónde está el periódico? He decidido no mirar los resultados del sorteo hasta última hora, para hacerlo más emocionante. Y cuando llegue a casa, le daré a la mujer la alegría del siglo.

(**JOSÉ busca detrás de la barra. Sale con un periódico.**)

JOSÉ.- Aquí está.

MARCELINO.- ¿Dónde he puesto mis gafas?

JOSÉ.- Las lleva puestas.

MARCELINO.- Ah. Claro. (**Saca de sus bolsillos una enorme cantidad de cupones y boletos.**) Vamos a ver...

(Buscan la página con los resultados de los sorteos y se reparten los cupones.)

JOSÉ.- ¡En éste coincide el primer número!

MARCELINO.- No. Eso es sólo en los días de semana. Vaya, acaba en 548 y tengo el 547. Por uno. Dame tus cupones.

JOSÉ.- Ya los he mirado y no hay nada.

MARCELINO.- ¡Te digo que me los des! **(Se los quita, casi con violencia.)**

JOSÉ.- Marcelino, no coinciden.

MARCELINO.- Déjame mirar... **(Comprueba todos los cupones concienzudamente, una y otra vez. Disgustado.)** Nada. No ha resultado.

JOSÉ.- Espere un momento. ¿Y éste?

MARCELINO.- Lo que he jugado. Un euro.

JOSÉ.- Lo siento, Marcelino

MARCELINO.- No lo sientas. No pasa nada. Si me he pasado cuarenta años en esta vida, ¿qué más me da seguir así los que me quedan?

JOSÉ.- Tiene más moral que el Alcoyano.

MARCELINO.- Se hace lo que se puede.

JOSÉ.- Supongo que en aquella lista no estaba ganar la lotería a los sesenta años...

MARCELINO.- ¿Qué lista?

JOSÉ.- Su lista. La de sus ilusiones.

MARCELINO.- Ésa ya está cumplida. Totalmente cumplida.

JOSÉ.- ¿En serio?

MARCELINO.- Claro. Si cambiamos lo del premio Nobel por el bar y consideramos que el bar es prácticamente mío aunque sea de alquiler, el primer gran objetivo está cumplido, ¿no?

JOSÉ.- Si usted lo dice...

MARCELINO.- Y el segundo también...

JOSÉ.- ¿Cuál es el segundo?

MARCELINO.- El de la felicidad...

JOSÉ.- ¿De verdad es feliz con esta vida?

MARCELINO.- Mucho.

JOSÉ.- ¿En serio? ¿Toda la vida entre estas cuatro paredes?

MARCELINO.- En serio... Me gustaría seguir así el resto de mi vida. Por muchos malos momentos que haya vivido aquí. El mismo lugar, las mismas caras... Al final, acabas queriendo a este sitio.

JOSÉ.- Al final...

MARCELINO.- Esta mañana estaba pensando una cosa. Por si acaso no me tocaba nada en la lotería.

JOSÉ.- Que ya es mala suerte...

MARCELINO.- Y que lo digas. Había pensado que, dado que a ninguno de mis hijos le gusta esto de la hostelería... ¿No te gustaría a ti ser feliz también?

JOSÉ.- Todavía le queda mucha guerra, Marcelino

MARCELINO.- Ya sabía yo que eso de darte una responsabilidad no te iba a gustar... (Mirándole a los ojos) Por lo menos me harás compañía los años que me queden como patrón...

JOSÉ.- (Evitando su mirada.) Hasta mañana, Marcelino

(José se va)

MARCELINO.- Hasta mañana. Ah, te he arreglado el camastro.

JOSÉ.- (En off.) ¡Gracias!

MARCELINO.- Ya que tienes que dormir en un bar, que sea en condiciones. Digo yo.

(Se dirige a la barra para hacer caja. Entra, por el lado contrario al de JOSÉ, es decir, de la calle, EVA.)

MARCELINO.- Está cerrado.

EVA.- Perdona, es sólo un momento.

MARCELINO.- Venga, pase. ¿Qué quiere?

EVA.- Iré al grano. ¿Tiene usted como empleado a un hombre joven, de aspecto normal, talla mediana?

MARCELINO.- Sí. Pero mañana se va. Ha decidido dejar el trabajo.

EVA.- ¿Llegó aquí haciendo auto-stop?

MARCELINO.- Sí.

EVA.- Llevo cuatro meses buscándole. Se llama José García, ¿verdad?

MARCELINO.- No.

EVA.- ¿No?

MARCELINO.- No.

EVA.- Mierda. Espere. Debe ser que utiliza un seudónimo. ¿Por casualidad no ha dicho que se llama Pierre Curie?

MARCELINO.- ¿Cómo el científico?

EVA.- Sí.

MARCELINO.- ¿Qué clase de gilipollas utilizaría ese nombre para pasar desapercibido?

EVA.- El rey de los gilipollas.

MARCELINO.- Pues ha buscado mal, señorita. Mi empleado no es gilipollas ni usa seudónimo. Me hubiera dado cuenta.

EVA.- No se imagina cuánto tiempo llevo buscándole.

MARCELINO.- ¿Cuatro meses?

EVA.- ¿Cómo lo sabe?

MARCELINO.- Lo ha dicho usted antes.

EVA.- Pues hoy termina la búsqueda. Ésta era la pista más fiable. Y no ha resultado.

MARCELINO.- ¿Quiere una cerveza?

EVA.- Sí, gracias. (**MARCELINO le sirve una cerveza.**)
Le he buscado en un montón de sitios. Le preguntaba a la gente por su nombre y por el seudónimo que me dijeron que utilizaba. Incluso les enseñaba una foto (**Le entrega una**

foto. MARCELINO la mira y hace un gesto de extrañeza.) La única foto que tenía con él era de carnaval.

MARCELINO.- Perdone, pero no veo bien sin las gafas. ¿El perro?

EVA.- No. El árbol.

MARCELINO.- Ah.

EVA.- Sus padres creen que está en el extranjero. Yo no quería asustarles. Yo sólo quería hablar con él.

MARCELINO.- ¿Es usted su novia?

EVA.- Bueno...

MARCELINO.- (Interrumpiéndola.) No me lo diga. Me importa un bledo.

EVA.- Está bien. Yo sólo quería saber por qué se fue. Si el problema era yo, estoy dispuesta a cambiar... Ay, no sé por qué le cuento a usted estas cosas... Seguro que le estoy molestando.

MARCELINO.- No, no me molesta. De verdad. Lo que tampoco sé es por qué me cuenta usted estas cosas.

EVA.- Supongo que necesitaba desahogarme. Y usted tiene, no sé, como un aire muy familiar. Es como si le conociera de antes...

MARCELINO.- Sí, eso decía Bruno.

EVA.- ¿Bruno?

MARCELINO.- Sí, mi empleado.

EVA.- ¿Será posible que...? No, no puede ser tan gilipollas...

MARCELINO.- ¿Él no la quería?

EVA.- No lo sé. Incluso es posible que él se fuera por eso. Porque me quería.

MARCELINO.- Esto del amor se ha vuelto muy complicado últimamente, ¿no cree?

EVA.- No sé. Estoy hecha un lío.

MARCELINO.- ¿Va a seguir buscando?

EVA.- No. Ya no puedo más. Estoy muy cansada. Aunque estuviera aquí al lado. Ya no tengo fuerzas para seguir.

MARCELINO.- ¿Y qué va a hacer?

EVA.- Continuar con mi vida.

MARCELINO.- ¿Y esperar a que él aparezca?

EVA.- Ya veremos. Que pasen cinco años.

MARCELINO.- Eso es mucho tiempo... No sé si el suficiente para olvidar a alguien.

EVA.- No para olvidar. Pero sí para perder la paciencia. ¿Qué le debo?

MARCELINO.- Invita la casa.

EVA.- Gracias. Gracias por aguantarme.

MARCELINO.- Para eso estamos. Que le vaya bien.

EVA.- Hasta luego.

MARCELINO.- Adiós.

(Oscuro.)

Once

La luz sólo deja ver a JOSÉ. Está vestido de butanero. Parece más contento que nunca. Al público.

JOSÉ.- Han pasado cinco años. Trabajo de butanero en un pueblo de quinientos habitantes. **PUEBLO.**- (En off.) ¡Qué tal, José! ¡Buenos días, chavalote! ¡Qué tal la familia! ¡Vente a casa a comer un día de estos!

JOSÉ.- Todos me conocen. Ya no soy un ser anónimo perdido entre la multitud. Me gusta este oficio. Me muevo mucho y me deja tiempo libre. La gente reconoce mi trabajo y puede que pronto ascienda a jefe del equipo de repartidores de butano. Aquí me llaman por mi nombre. Se acabó lo de los seudónimos. Ahora tengo papeles. Ahora puedo existir. Mis padres lo saben, vienen a verme de vez en cuando y me llaman todos los días. (Suena un teléfono móvil. Lo coge.) Sí, mamá, ya he comido, sí... No... Ya, pero... Es que... No hace falta... No, mamá, aquí no hay desconocidos... Vale... Lo que tú digas... Te tengo que

dejar, que estoy pasando por un túnel. Adiós. **(Cuelga. Al público.)** Y no os lo vais a creer: estoy constipado **(A partir de ahora se suena la nariz y estornuda insistentemente durante toda la escena.)** No estoy casado. Estoy soltero y sin compromiso. A Eva le perdí la pista hace tiempo. No me importaría volver a verla. Han pasado muchas cosas en todo este tiempo. El otro día casi empiezo la novela. Pero claro, es que estoy muy liado... Con Bruno sí que hablo mucho. Esta misma mañana me llamó y me dijo que estuviera atento al telediario de la hora de comer. Yo como aquí, en el mesón del pueblo.

(JOSÉ se sienta en una mesa en la que está servida la comida. Come mientras mira fijamente hacia un punto determinado del público. En escena aparece el locutor del telediario. Al público.)

LOCUTOR.- **(Continuando con algo dicho anteriormente.)** Ante las denuncias de los afectados por lo que denominan «ataque a la libertad de expresión», las autoridades han afirmado que «el caso se estudiará, así que mientras tanto más vale que se mantengan callados». Pasamos a la sección de Ciencia. A partir de hoy, usted ya no tendrá excusa para faltar al trabajo: una investigadora española ha descubierto una manera infalible de erradicar para siempre el constipado común y demás efectos dañinos del frío en nuestro cuerpo. El descubrimiento de Eva Ramos podría cambiar nuestras costumbres en pocos años y lanzar al estrellato a esta joven científica. Mientras las mayores empresas farmacológicas de todo el mundo se disputan el hallazgo, los fabricantes de productos de calefacción y prendas de abrigo se han apresurado a afirmar que estas nuevas técnicas pueden ser moralmente cuestionables y serán denunciadas ante un tribunal de ética científica.

(Mientras JOSÉ habla, el locutor sigue moviendo los labios sin decir nada, mientras poco a poco se hace un oscuro sobre él.)

JOSÉ.- ¡Eh, yo a ésa la conozco!

PUEBLO.- ¡Sí, claro! ¡Y yo soy el Papa!

JOSÉ.- No, en serio. Yo estuve en los experimentos. ¡Lo descubrió gracias a mí!

PUEBLO.- ¡Sí, y el locutor es amigo tuyo de toda la vida, no? ¡Venga ya, ibas a estar aquí metido pudiendo ser millonario! ¡Qué cachondo, el José! ¡Pero si siempre estás constipado!

JOSÉ.- Vale, pues no os lo creáis.

PUEBLO.- ¡Oye, que éste va en serio! ¡Lo que yo digo, que este es un cachondo! ¡A ver, tráela al pueblo!

JOSÉ.- ¿Nos jugamos algo a que la traigo?

PUEBLO.- ¡Lo que tú quieras! ¡Menudo fantasma!

JOSÉ.- Muy bien. De aquí a una semana, la traigo. Os lo juro.

(Oscuro.)

Doce

EVA y JOSÉ están sentados ante una mesa parecida a la anterior, aunque arreglada de forma chapucera para crear ambiente de cita íntima. A tono con esta pretendida elegancia JOSÉ viste un traje viejo. EVA viste de forma realmente elegante, y ya no tiene el lunar de la nariz. JOSÉ sigue resfriado.

EVA.- Oye, José... ¿Por qué me has llevado a este sitio? Tengo la sensación de que todo el mundo nos está mirando...

JOSÉ.- Es que es el único restaurante del pueblo...

EVA.- Te lo decía porque da la impresión de que me hubieras traído para exhibirme.

JOSÉ.- Eso es una tontería, Eva. Y bien contento que la hubiera exhibido si la hubiera encontrado en una semana. Un mes que me ha costado localizarla. La de dinero que he perdido en apuestas. Ahora, que la cara que tienen ahora todos los del pueblo vale más que todo el dinero del mundo... Simplemente, quería hablar contigo.

EVA.- Yo también. Incluso pensé en llamarte cuando me enteré de que vivías aquí. Menos mal que me controlé y al

final no lo hice. Él es el que debía llamar primero. Él es el que me debe una explicación.

JOSÉ.- ¿De verdad? Qué mentirosa. Seguro que me tenía completamente olvidado. Ni siquiera se preocupó de buscarme cuando me fui. Hiciste bien en no llamar. Soy yo el que te debe una explicación.

EVA.- Adelante. Estoy deseando oírla.

JOSÉ.- Bueno, pues... Allá va. (**Breve pausa. Se fija en la nariz de EVA.**) ¿Qué ha pasado con tu lunar?

EVA.- Nada.

JOSÉ.- ¿Te has hecho la cirugía estética para quitarte el lunar?

EVA.- ¿Cirugía estética? Mi tiempo es demasiado valioso como para perderlo con frivolidades. Pues claro, imbécil. Ahora que tengo dinero... ¿Qué ibas a decir?

JOSÉ.- Ah, sí. Bueno, antes de nada, quiero que sepas que no quiero nada por el tema de los experimentos. Ni dinero, ni reconocimiento, ni nada. Es tu descubrimiento y el premio Nobel debe ser sólo para ti.

EVA.- Gracias. ¿De verdad pensaba que iba a darle algo? Lo del premio Nobel me parece un poquito exagerado...

JOSÉ.- Que no, mujer, que no es para menos... Nada menos que erradicar el resfriado común... (**Estornuda.**) Bueno, a lo que íbamos. La razón por la que me fui hace cinco años...

EVA.- (**Interrumpiéndole.**) ¿Estás constipado?

JOSÉ.- ¿Tú qué crees?

EVA.- ¿Alergia?

JOSÉ.- ¿En esta época del año? Imposible. Lo sabes mejor que nadie.

EVA.- No tendrás algo peor...

JOSÉ.- Que no... Me paso el día en la calle. En este bar hay unas corrientes insoportables. Incluso he empezado a sentir frío. Es normal que me constipe. Dios mío.

EVA.- (**Muy afectada.**) Dios mío...

JOSÉ.- Eso significa que...

EVA.- (Reponiéndose forzadamente.) No. En el fondo da lo mismo. El producto está vendido ya. En el peor de los casos, nunca estará de más un nuevo analgésico...

JOSÉ.- Otra vez nos hemos ido del tema. La razón por la que me fui, ¿verdad?

EVA.- Sí.

JOSÉ.- Allá vamos. Todo fue a partir de una noche en la que soñé...

EVA.- (Interrumpiéndole.) Déjalo.

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- No lo cuentes. No quiero saberlo. ¿Pero qué estoy diciendo? Cinco años esperando este momento. Tengo miedo a saberlo. Mi psicólogo diría que tengo miedo a que me diga la respuesta que espero oír. Tengo miedo a que me diga que no me quería. Que no me quiere. Y no soy capaz de superar ese miedo. Soy una inmadura, de acuerdo. Pero hay que procurar que no se note. Sobre todo, mantener el control. Ha pasado mucho tiempo, José. Somos mayores para estas cosas. Lo pasado, pasado. Sería muy inmaduro remover esos asuntos.

JOSÉ.- Como quieras. No lo entiendo. ¿Es que es demasiado madura para mí? No lo entiendo.

EVA.- Debemos dejar de hablar del pasado. Hablemos del presente. Y del futuro.

JOSÉ.- De acuerdo. Por mí estupendo. Pero antes permíteme una indiscreción: ¿estás casada? ¿Sales con alguien?

EVA.- En este momento, no.

JOSÉ.- Bien. ¿Bien?

EVA.- He estado con otros hombres estos cinco años, claro, pero nada serio. Todos una panda de insulsos. Con ellos ni siquiera tenía que fingir que no había llegado al orgasmo. **(Risueña.)** La verdad es que la última vez que llegué fue con José. A veces ni siquiera lo ocultaba. ¿Y tú?

JOSÉ.- Sí, yo también he salido con varias mujeres. No sabría decirte cuántas. Como que no ha sido ninguna. Mi vida sexual en estos cinco años ha sido completamente nula. **(Risueño.)** Mi vida sexual compartida, claro. Compartida físicamente, claro, porque Eva estaba conmigo virtualmente cuando yo... Pero tampoco nada serio.

EVA.- ¿Has pensado en mí en todo este tiempo?

JOSÉ.- **(Se contiene la risa.)** Pues ahora que lo dices...

EVA.- ¿De qué te ríes?

JOSÉ.- De nada. La última chica con la que salí, que tenía un lunar en la nariz y me recordaba a ti.

EVA.- Ah.

(Pausa.)

JOSÉ.- La verdad es que sí. Sí que me he acordado de ti. Imagino que tú me tendrías un poco olvidado, claro, lo entiendo perfectamente.

EVA.- Sí. La verdad es que casi te había olvidado. No es verdad, pero tampoco le puedo decir otra cosa. Qué le voy a decir, que pensaba en él mientras me acostaba con otros... Se envanecería. Pensaría que es más de lo que realmente es.

JOSÉ.- ¡Me había olvidado! ¡Qué poca vergüenza! Así que tenía razón. Sólo estaba conmigo por el experimento. Así que toda esta huida absurda de cinco años ha tenido un sentido... No soy un cobarde. Pero cómo puede decirme esto... Si yo la quería. Sí, como ya te digo, lo entiendo perfectamente... Es normal que me olvidaras porque no sentiste nunca por mí lo que yo...

EVA.- El muy cabrón piensa que me quería más que yo a él... ¡Después de todo lo que me hizo pasar! No hay derecho. Tengo que decirle la verdad. Si puedo... Mm...

JOSÉ.- ¿Sí?

EVA.- Js...

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- Tqr...

JOSÉ.- ¿Qué?

EVA.- Tqr...

JOSÉ.- ¿Qué estás diciendo? Mira, Eva, no me insultes...

EVA.- ¡¡¡¡¡TQR!!!! **(JOSÉ pone cara de no entender nada. EVA saca su móvil y hábilmente escribe un mensaje. El móvil de JOSÉ suena instantáneamente.)**

JOSÉ.- No entiendo nada. **(Coge el móvil y lee el mensaje.)** TQR. Dios mío. Me quiere. Me quería. No sé si prefiero que me hubiera dicho que no. Vaya, no sé qué decirte.

EVA.- Ncft... **(Sobreponiéndose.)** No hace falta que digas nada. Si quieres, me voy y nunca más volveremos a vernos.

JOSÉ.- Yo... te quería cuando te dejé, te he querido durante estos cinco años y te sigo queriendo ahora. Ya está. Ya lo he dicho. Ahora, que el cielo caiga sobre mi cabeza.

EVA.- (Fría.) Vaya. Me quieres.

JOSÉ.- (Frío.) Tú también me quieres.

EVA.- Sí.

JOSÉ.- Ajá.

EVA.- Qué cosas, ¿verdad?

JOSÉ.- ¿Quién lo diría, eh?

EVA.- Sí.

(Pausa. Muy ingenuos.)

JOSÉ.- ¿Ahora tenemos que besarnos?

EVA.- ¿Tú crees?

JOSÉ.- No sé. ¿Te parece?

EVA.- Bueno.

(Se besan.)

PUEBLO.- (Mezcladas voces y aplausos.) ¡Bravo! ¡Así se hace!

JOSÉ.- ¿Qué hacemos ahora?

EVA.- ¿Hablamos del futuro?

JOSÉ.- Vale.

EVA.- Venga.

JOSÉ.- Tú primero.

EVA.- No, no, tú primero.

JOSÉ.- No, tú...

EVA.- Por favor...

JOSÉ.- Está bien. Yo primero. Veamos. Yo quiero seguir aquí, en el pueblo. Me van a ascender en el trabajo y me encuentro muy integrado.

EVA.- Ya se nota.

JOSÉ.- Soy parte de este pueblo. Aquí soy feliz.

EVA.- ¿Eres feliz?

JOSÉ.- Sí. Bueno, más o menos. No sé. ¿Y tú?

EVA.- ¿Que si soy feliz?

JOSÉ.- No, que cuál es tu futuro.

EVA.- Me han dado una beca de investigación en Estados Unidos. Posiblemente allí me contraten. Es una oferta que no puedo rechazar.

JOSÉ.- Claro.

(Pausa.)

EVA.- ¿No quieres irte del pueblo entonces?

JOSÉ.- No.

EVA.- Ah.

JOSÉ.- ¿Cuándo te vas?

EVA.- Mañana. Ya tengo el billete de avión.

JOSÉ.- ¿Me escribirás?

EVA.- ¿Te llamo por teléfono mejor?

JOSÉ.- Como quieras.

EVA.- Vale. Volveré en Navidad y alguna quincena en verano, y eso. Ya sabes.

JOSÉ.- Me alegro. Puede que con el ascenso pueda ahorrar y pagarme unas pequeñas vacaciones en Estados Unidos.

EVA.- Estupendo.

JOSÉ.- Sí.

(Pausa incómoda. Suena un móvil.)

EVA.- Perdón (**Lo coge.**) ¿Sí?... Sí.... Ya... Espere.... (**A José.**) Oye, José, es para una rueda de prensa para hoy mismo. Si quieres, le digo que no.

JOSÉ.- No, no, ve. No te preocupes.

EVA.- No, sin problema. Si no quieres, no voy y punto.

JOSÉ.- No, ve. No pasa nada. Si yo también tenía que irme. Tengo que... ir al médico.

EVA.- ¿Cuándo?

JOSÉ.- Dentro de un rato. A las nueve y media.

EVA.- ¿Al médico a las nueve y media?

JOSÉ.- Sí, ya sabes cómo está eso de las listas de espera...

EVA.- Ah, ya, claro. ¿Entonces le digo que sí?

JOSÉ.- Sí.

EVA.- (**Al teléfono.**) Oiga, que sí, que voy para allá. Tardaré una hora, más o menos... Es que no estoy en Madrid.... Hasta luego. (**A JOSÉ.**) Me tengo que ir.

JOSÉ.- Espero que volvamos a vernos.

EVA.- Por supuesto.

(Se dan un beso de despedida.)

JOSÉ.- Hasta luego, Eva

EVA.- Hasta luego, José

(Oscuro.)

Trece

EVA en la marquesina de la escena tres. Lleva varias maletas y bolsas de viaje. Habla por un teléfono móvil con BRUNO.

EVA.- Muy bien, Bruno. Ya estoy en la parada. ¿Me vas a decir ahora por qué José no habla directamente conmigo?

BRUNO.- Pero si ya te lo he dicho mil veces. Hoy vuelve de luna de miel y está demasiado ocupado para llamarte.

EVA.- ¿Tanto como para no poder hacer una llamadita de nada? No me lo puedo creer.

BRUNO.- El tiempo que pasa con su nueva mujer le absorbe mucho.

EVA.- ¿Que le absorbe mucho? ¿Con qué se ha casado, con una sanguijuela?

BRUNO.- Aparte de ti, hay mucha más gente que no la conoce todavía...

EVA.- Sí, pero yo no soy una más. Digo yo. Y también podríamos vernos en otro sitio, ¿no?, y no en esta mierda de parada de autobús...

BRUNO.- Espera un momento, Eva, tengo una llamada por la otra línea.

(Luz sobre JOSÉ. De pie, en un lugar indeterminado, rodeado de maletas y hablando por un móvil. Se sigue viendo a EVA, que consulta continuamente su reloj.)

JOSÉ.- ¿Qué tal va la cosa, Bruno?

BRUNO.- Viento en popa a toda vela.

JOSÉ.- ¿Está celosilla?

BRUNO.- Está a punto de reventar.

JOSÉ.- Estupendo. Oye, ¿no te parece que somos un poco cabrones?

BRUNO.- Por supuesto.

JOSÉ.- Todo va tal como estaba planeado. Voy camino de la parada. Quiero que la mantengas entretenida.

BRUNO.- A sus órdenes.

(Oscuro sobre JOSÉ.)

BRUNO.- ¿Sigues ahí, Eva?

EVA.- Aquí me tienes. Aburrida.

BRUNO.- ¿Me has traído algo de los Estados Unidos?

EVA.- ¿A ti? ¿Querías algo?

BRUNO.- Sí.

EVA.- Habérmelo dicho.

BRUNO.- Es que me da un poco de vergüenza...

EVA.- Dios mío. No quiero saberlo.

BRUNO.- Está bien. Si insistes tanto, te lo diré: siempre he querido tener un trozo del bigote de Peter Sellers.

EVA.- ¿Peter Sellers?

BRUNO.- Es mi ídolo.

EVA.- (Irónica y un poco irritada.) Pues te quedas sin bigote. En el centro comercial estaba agotado.

BRUNO.- Qué lástima. De pequeño quería ser como él. Ser varios personajes en una misma historia... Me encantaba. ¿A ti no?

EVA.- Prefiero a Mortadelo. Te dejo. Ahí viene José.

BRUNO.- Hasta luego.

(Oscuro sobre BRUNO. JOSÉ llega, cargado de equipaje.)

JOSÉ.- Hola.

EVA.- Hola. ¿Y tu mujer?

JOSÉ.- Estaba muy cansada. Ha ido a ver a sus padres. ¿Y tú? ¿Qué tal?

EVA.- Sigo investigando. Tengo un puesto fijo en Harvard.

JOSÉ.- ¿Qué estáis investigando?

EVA.- Los... Bueno, no lo entenderías. Ya sabes, jerga científica.

JOSÉ.- Claro.

EVA.- Me alegro mucho de que te hayas casado. De verdad.

JOSÉ.- Gracias.

EVA.- ¿Eres feliz ahora?

JOSÉ.- ¿En este justo momento?

EVA.- Sí.

JOSÉ.- Sí.

EVA.- Me alegro de que a los dos nos vaya bien. Hemos sabido aceptar nuestra separación y hemos rehecho nuestras vidas.

JOSÉ.- Tienes razón. Tú has triunfado en tu trabajo...

EVA.- Hombre, tanto como «triunfar»...

JOSÉ.- No seas modesta...

EVA.- ¿Vives aquí, en la ciudad?

JOSÉ.- Marie y yo estamos buscando piso. Cuando ella venga iremos a una zona nueva en la que están construyendo muchas viviendas. Es la última parada de este autobús.

EVA.- ¿Marie?

JOSÉ.- Sí. Marie.

EVA.- Qué gracia. ¿Y se llamará Marie Curie, no?

JOSÉ.- Exacto. Se llama Marie Curie.

(EVA palidece. Mira fijamente a JOSÉ, con una extraña mezcla de sentimientos e intenciones.)

EVA.- Hijo de puta.

(Se abrazan. Se funden en un beso.)

JOSÉ.- Gracias. Se hace lo que se puede.

EVA.- No hacía falta que montaras todo esto para verme...

JOSÉ.- No quería esperar a las vacaciones...

EVA.- ¿Tanta prisa tienes?

JOSÉ.- Tengo que hacer algo con mi vida. Y haga lo que haga, quiero contar contigo.

EVA.- Pero estabas muy contento con tu trabajo, ¿no?

JOSÉ.- Me echaron. Han puesto gas natural en el pueblo. He vuelto a casa de mis padres. En el pueblo estaba solo. La verdad es que sin ti, estoy solo en cualquier parte.

EVA.- Te estás volviendo un cursi, José.

JOSÉ.- Puede. Me debo estar aburguesando.

EVA.- Debes ser el primero que se aburguesa y se va a la ruina al mismo tiempo.

JOSÉ.- ¿Sabes lo que quiero?

EVA.- Dime.

JOSÉ.- Quiero conseguir un trabajo normal, irme a vivir contigo a una casa normal, cargarnos de por vida con una hipoteca normal, tener 1,5 hijos y, si caemos en el 50% negativo, separarnos a los treinta y tantos. Ah, y quizá escriba una novela.

EVA.- ¿Qué pasa? ¿No se te ocurre nada mejor?

JOSÉ.- No es que no se me ocurra. Pero, a no ser me toque la lotería un día de estos...

EVA.- **(Interrumpiendo.)** ¿Juegas a la lotería?

JOSÉ.- Sí, es una vieja costumbre que adquirí en mis viajes por el mundo.

EVA.- Ah. Sigue jugando.

JOSÉ.- Pues eso, que como no me toque la lotería no veo otra alternativa.

EVA.- Y nosotros tenemos que seguir juntos...

JOSÉ.- Por supuesto. ¿Por supuesto? ¿Vas a vivir conmigo? ¿Me estás tomando el pelo?

EVA.- Este año no me han concedido la beca. Lo del trabajo en Harvard era una trola.

JOSÉ.- Maldita mentirosa.

EVA.- Mira quién habla.

JOSÉ.- ¿Se te ocurre otra forma de vivir juntos?

EVA.- No. A mi cuenta corriente tampoco.

JOSÉ.- La mía no opina. Está demasiado débil para hablar.

EVA.- Recapitulemos entonces. Nos quedamos con el primer trabajo medio decente que encontremos...

JOSÉ.- (Interrumpiendo.) ¿No puedes volver al ambulatorio?

EVA.- No. Estaba de prácticas.

JOSÉ.- Vaya.

EVA.- Pedimos un crédito para comprarnos el pisito y vemos como engordan nuestras deudas...

JOSÉ.- Si las cebamos mucho igual explotan...

EVA.- Oye, José... ¿Tú crees que seremos felices con 1,5 hijos y un 50% de posibilidades de separación?

JOSÉ.- 39,7. Lo del 50 era para redondear. Y sí. Sí seremos felices. ¿Por qué no?

EVA.- A lo mejor algún día ganamos en la lotería...

JOSÉ.- También podíamos jugar a la quiniela...

EVA.- También. Oye, ¿por qué no?

JOSÉ.- Que sí, que jugaremos a la quiniela.

EVA.- No, no he querido decir eso. Quiero decir que si hay una respuesta al «por qué no seremos felices».

JOSÉ.- Puede. Horarios incompatibles que no nos permitan vernos... Crisis matrimoniales causadas por las dificultades propias de la convivencia y de las frustraciones que marcarán nuestras vidas... Sentimiento de envejecimiento al ver crecer a nuestros hijos...

EVA.- O hijo. Y no olvides «peleas porque uno de los cónyuges desea tener hijos y el otro no»

JOSÉ.- También. Y tampoco que, en caso afirmativo, se dará la inevitable situación de ver con angustia como tu hijo o hija se echa novio o novia y no tiene otra alternativa en la vida que buscarse un trabajo normal, cargarse con una hipoteca, tener 1,5 hijos...

EVA.- Nuestro nietecito y medio...

JOSÉ.- Y separarse a los treinta y tantos.

EVA.- No hay duda. Seremos felices.

JOSÉ.- Lo seremos. ¿Oye, no es ése el 493?

EVA.- Sí.

JOSÉ.- Corre, puede que todavía lo pillemos. Hoy hay subasta de viviendas subvencionadas.

(Los dos se van corriendo, persiguiendo un autobús imaginario. Durante un momento, la marquesina se queda sola. Entra BRUNO. Mira a todas partes para asegurarse de que está solo. Se acerca a la farola. Entra en trance.)

BRUNO.- Sé que estás ahí. ¡Háblame!

(Oscuro.)

BRUNO.- **(En off.)** ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Yo tenía razón! ¡Mierda, qué pena que José no esté aquí para verlo!

FIN